

HAY CAMPANA EN EL RICARDO DETOMASI !!!

El Informe meteorológico de las 06:00 hora local de Montevideo, se burlaba del pronóstico emitido para esa hora por la Oficina Meteorológica del Aeropuerto de Carrasco, derramando una densa niebla sobre el aeropuerto y la zona costera cuando debería estar despejado completamente.

La Brigada Aérea 1, con sede en el mismo aeropuerto, aún no despertaba en aquella fría mañana de Julio, excepto por un grupo de mecánicos del Escuadrón 3 de Transporte, que desde tempranas horas de la madrugada hacia cobrar vida al enorme C130 Hércules estacionado en la plataforma contigua al Hangar del Servicio de Mantenimiento (BMA por esos años), que acusaba la gélida noche que había pasado mostrando una fina capa de escarcha en sus múltiples parabrisas.

El “Manso” Martínez y el “Pantera” Suarez eran los encargados de la tarea pues serían los Ingenieros de vuelo ese día, y con mate y termo en mano, bufanda y gorro hasta las orejas, hacían los extensos chequeos previos a la misión asignada:



Misión de Apoyo al Batallón 14 del Ejército, lanzamiento de paracaidistas en San Jacinto.

Yo era el Copiloto de ese vuelo y trabajaba en control de mantenimiento del escuadrón, por lo que también había llegado temprano y observaba la escena desde un despacho que tenía la ventana hacia la plataforma. La actividad iba en aumento, el camión de combustible hacía la recarga mientras el Pantera le invitaba un mate y hablaba con el funcionario de ANCAP vaya uno a saber de qué cosas. El “Pardo” Agüero, que sería el Cargo Master de la misión, ultimaba detalles en la bodega de carga del avión que transportaría a los valientes soldados en su salto de entrenamiento, poniendo suma atención en los cables de acero donde engancharían los paracaidistas.

Para ese entonces ya habían llegado los camiones del Ejército con la tropa, al mando de un Capitán que también participaría del salto. Lanzaba órdenes en todas direcciones, con voz recia, hablando fuerte y claro, haciendo que sus subordinados corrieran a formar y se agruparan en dos secciones, una para cada vuelo.

Se podía advertir la angustia de los paracaidistas, sentados en la plataforma bajo la densa niebla, tiritando de frío con todo el equipamiento a cuestas, escuchando atentamente las últimas recomendaciones de sus jefes, seguramente despiertos desde las 2 de la mañana haciendo los preparativos para un salto que no duraría más de un par de minutos, (ese día estaba previsto el lanzamiento a 1500 ft).

Una VW Brasilia amarilla modelo 1980 estacionó cerca al Escuadrón 5 de Helicópteros, su conductor se apea sin mucha prisa, y comienza a caminar hacia la plataforma disimulado por la niebla que se resistía a retirarse. Vestía un mono de vuelo antiguo, de color verde pálido, seguramente anti flama como los que usaban los pilotos de los B17 en la segunda guerra mundial.

Ray Ban verdes gota mediana totalmente innecesarios para esa hora del día, un bolso verde en su mano izquierda con su equipo de vuelo y un estilo para caminar que desde lejos denotaba suficiencia, experiencia y ser un tipo curtido por las horas de vuelo, vientos cruzados, tormentas y emergencias resueltas exitosamente; era la imagen inconfundible del comandante del C-130.

A sabiendas de que el vuelo no saldría por la niebla, se dirige hacia mi despacho saludando al personal del escuadrón que se encontraba mateando junto a la jaula de herramientas con un "Buen día gurises". Todos se pararon firmes respondiendo a su saludo, pero él, haciendo un gesto con su mano como que no era necesario, mandó continuar mientras subía las escaleras.

Había llegado el "Picho Gestido".

Excelente piloto, mejor persona, se había ganado el cariño y la admiración del personal del escuadrón. Sus historias eran contadas en todas las reuniones y había dejado en nosotros una frase que aplicábamos cuando éramos capaces de resolver una situación complicada basados en la experiencia y sabiduría: "Cáscara gurí"

Reconocido por donde fuera, decía que había volado 23 tipos de aviones (3 de tela), varios años en Aviación Civil lo habían curtido en muchos temas que para los que rara vez abandonábamos la Base Aérea, nos resultaban apasionantes. Entre ellos los temas paranormales, ya que el Picho había integrado la comisión investigadora de fenómenos ovnis en Uruguay, la CRIDOVNI, y cada tanto aparecían en sus relatos algunos platos voladores y algún que otro chupacabras.

Dándonos consejos nos decía muchas veces: "Hágale caso a un hombre viejo, gurí"; tenía 42 años el Picho.

Nos saludamos y brevemente intercambiamos opiniones acerca del vuelo que estábamos por realizar, hicimos algunas coordinaciones, revisamos detalles propios de la misión y nos dispusimos, mate mediante, a esperar que el clima mejorara.



El informe de las 07:00 anunció que la niebla seguía, por lo que habría que ensillar el mate y esperar a que abriera en algún momento. Le avisé al "Manso" Martínez que estaríamos atentos a una mejora, y que les comunicara a los oficiales del Ejército que estaban en la plataforma que subieran al despacho para hacer más amena la espera.

Acudieron solamente dos a la invitación, el Mayor Pérez, que era el jefe de las tropas aerotransportadas, y un invitado que era un referente en el Ejército en lo que a paracaidismo se trataba, el Cnel. Saavedra.

Si había alguien a quien acudir ante dudas acerca de paracaidismo, ese era el Cnel. Saavedra. Poseedor de un físico privilegiado, trabajado a lo largo de los años en cuanto curso de comando táctico, antiterrorismo y todo anti.... que se les ocurra, emanaba autoridad por los poros. Por su trayectoria y su vocación de paracaidista, era siempre un invitado en este tipo de misiones, y reconocido entre nosotros por todas estas cualidades. (También por un generoso bigote que se tocaba constantemente.)

Saludos de por medio y mate ya ensillado, nos sentamos los 4 a conversar de bueyes perdidos, de asuntos militares y otros no tanto, tratando de hacer correr el reloj para que la niebla se dispersara y nos permitiera cumplir la misión. Pero eso no sucedía, la niebla estaba ahí, terca sin moverse, lo que daba tiempo para alargar la tertulia.

Si había algo que no se le podía criticar al “Picho”, era la amplitud de su repertorio. Partícipe, protagonista y espectador de innumerables acontecimientos, su prodigiosa memoria apoyada por su excepcional imaginación, habían generado historias que era un deleite escuchar. Eso sí, había que estar bien afirmado para escucharlas, porque el “Picho” era tremendo bolacero.

Con más historias que El Cid Campeador, escogía la que era adecuada a su audiencia. Es bien fácil impresionar a alguien con temas que le son ajenos, pero no era el caso de nuestro amigo. Él le hacía a los médicos cuentos de procedimientos caseros que había empleado para cortarse las hemorroides, historias de cruces a nado del Río de la Plata con cañas de pescar atadas a la espalda durante una tormenta a nadadores expertos, y por supuesto, a Saavedra le iba a contar una de paracaidismo.

Un acontecimiento al que alguna vez en la vida hay que asistir, es un Festival Aéreo en un aeródromo del interior.

Pasado el invierno y bien establecida la primavera, cuando la temperatura comienza a ser más agradable para estar al aire libre y el brillo del sol se hace presente a diario, generalmente en un día Domingo, las autoridades del aeroclub organizan estos eventos a fin de recaudar fondos para mejorar las instalaciones, hacer

mantenimiento al techo del Hangar que la granizada de Julio dejó con algunos agujeros, reparar el alambrado que las vacas del vecino derribaron, y también por qué no, disfrutar de un encuentro entre todos los vecinos de la ciudad, porque en un Festival Aéreo de este tipo, no todo es aviación.



Las autoridades del Aeródromo Ricardo Detomasi, de la ciudad de Mercedes, no habían escatimado esfuerzos para mantener entretenidos a los numerosos espectadores que se esperaban para ese Domingo. Ya desde muy temprano estaban trabajando los asadores con 2 vaquillonas con cuero a la parrilla a fuego lento, un improvisado escenario con equipos de sonido y amplificación prestados por la Intendencia Municipal donde habrían espectáculos musicales ya estaba prácticamente listo y los hijos adolescentes de un par de pilotos de fumigadores colaboraban estacionando los autos que iban llegando.

La ambulancia de cuartel al costado del hangar había llegado temprano también, así como algunos de los aviones mono motores de otros aeroclubes del interior. La Base Aérea 2 de Durazno había mandado un Mentor T-34 para exhibición al mando de un Alférez que estaba tomando mate con los payadores, una señora trataba de atar a una mesa un cartel que anunciaba la venta de pasteles y tortas fritas, tres paracaidistas con sus coloridos uniformes y lentes de avispa intentando impresionar unas muchachas, y un par de gauchos con cigarros armados con Tabaco Criollo y papel Job apenas sostenidos en la comisura de los labios, chequeaban un palenque que habían puesto a un costado de la pista, porque como les dije no todo era aviación, también habría jineteadas.

Saavedra le dio una última y ruidosa chupada al mate, chasqueó la lengua y me dijo gracias.

La impaciencia iba ganando terreno mientras esperábamos el informe meteorológico de las 08:00, donde se tomaría la decisión acerca de cancelar la misión o seguir esperando, los paracaidistas seguían sentados en la plataforma y después de dos termos ya no había ganas de más mate.

Fue ahí que el Picho me dijo: Canario, no sé si alguna vez le hice el cuento de lo que pasó en un festival en el Aeroclub de Mercedes cuando estaba en Aviación Civil.

-La verdad que no Jefe- dije mintiendo. Pero cuente nomás, tiempo tenemos.

Saavedra y Pérez se acomodaron en sus asientos, prestos a escuchar una historia para matar el tiempo, el Picho tomó una gran bocanada de aire antes de comenzar y yo, que ya conocía la historia, empecé a sentir vergüenza ajena.

Dijo:

Me acuerdo que llegué a Mercedes en un Cessna 172 más o menos a las 10 de la mañana. Ahí me junté con la barra conocida de los aeroclubes, porque como estaba en Aviación Civil y me tocaba ir a hacer inspecciones en vuelo cada tanto, me había hecho conocido por muchos pilotos.

Para ese día había un montón de actividades. A mí me habían asignado un par de vuelos de bautismo, el Mentor T34 de Durazno haría una demostración de acrobacia, un pasaje bajo sobre la pista y regresaría a la Base Aérea 2, Miguel Ángel Desalvo con su Cessna 150 había ido desde Trinidad y participaría en una curiosa carrera entre un avión, un caballo y una moto, habría un par de payadas al mediodía, algunas jineteadas por parte de gauchos de la zona, y como no, paracaidismo.

Salieron unos vuelos de bautismo y yo también hice el mío- contaba- y estaba en un descanso entretenido con unas chacareras que tocaba un grupo folclórico local.

El locutor, que era el maestro de ceremonias de la intendencia de Soriano, hacía de



improvisado relator de las jineteadas que alternaban con la actividad aérea. En el momento en que estaba por decir **Hay campana !!!!**, anunciando que estaban a punto de dejar libre a un bagual con su jinete montado, avisan de la improvisada torre de control que aguanten; estaban a punto de saltar 4 paracaidistas del Aeroclub de Florida.

La mirada de todos los concurrentes se dirigió al minúsculo punto en el cielo, el Cessna desde el cual los valientes paracaidistas saltarían y formarían la estrella de 4 puntas, un salto en formación tomados de las manos.

Los gauchos en el palenque estaban atentos al espectáculo también, junto al jinete que estaba a punto de montar y al bagual que resoplaba nervioso, atado y con una bolsa de arpillera en los ojos para que pudiera dominarse.

Cuatro enormes cúpulas multicolores adornaron el cielo Mercedario aproximando al aeródromo ante los aplausos de la gente y las emocionadas palabras del relator que le agregaba un hondo dramatismo a la aproximación de los paracaidistas.



-Y el Picho proseguía con su relato.

Se les veía aproximar al cruce de las pistas con bastante precisión, excepto uno que se había desviado un poco y estaba más cerca de la zona del palenque donde estaba el bagual atado, que de la marca que indicaba la zona de contacto.

Faltarían unos 20 metros por descender y le adiviné la intención- decía-, le estaba aproximando al caballo del palenque.

Para ese entonces el Mayor Pérez se rascaba la nuca con la cabeza ladeada y Saavedra se acomodaba el bigote, se rascaba la frente con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, adivinando ya el insólito desenlace del evento.

Cuando estaba a unos 2 metros del lomo del caballo – prosiguió el Picho – desprendió, (esta acción es la de separar mediante dos anillas el arnés del paracaídas del velamen) y el paracaidista, convertido ahora en un improvisado jinete de traje multicolor y lentes de avispa, cayó montado con increíble precisión sobre el lomo del salvaje bagual que luchaba, con sus ojos tapados, por zafarse del palenque.

La reacción del público fue de euforia, el locutor de la intendencia no encontraba adjetivos para describir tal hazaña que relataba con lujo de detalles, a la señora de las tortas fritas se le quemaron las 4 que tenía friendo, los gauchos custodios del palenque se miraban entre ellos sin saber qué hacer, y el jinete verdadero, el gaucho que estaba esperando, miraba incrédulo al colorido impostor que le había arrebatado su sitio.

Una sonora ovación estremeció el Detomasi, cuando el jinete recién caído del cielo le manoteó a un gaucho un poncho que traía al hombro y, revoleándolo encima de su cabeza, tomó las riendas del equino, se inclinó hacia atrás y les gritó: **“Larguen nomás”**.

Los del palenque obedecieron sin dudar, aflojaron el lazo que tenía el potro atado, le sacaron de un tirón la bolsa que le tapaba los ojos, y seguramente le pidieron a algún santo por el alma de aquel hombre que, increíblemente, se mantenía montado a la bestia luego de varios corcovos.

Saavedra se revolvía en la silla y no sabía si rascarse el bigote o arrancárselo, no era capaz de creer que justamente a él, el master del paracaidismo, le estuvieran haciendo esa historia y él, por delicadeza, (que no era una de sus virtudes), estaba haciendo como que la creía.

Me pareció oportuno intervenir en ese momento, tratando de quitar un poco el impulso que había agarrado el Picho con la historia e intentar, de alguna manera, minimizar el disparate para evitar que la mateada se convirtiera en una tomada de pelo para los invitados. De ninguna manera la historia podía tener un final feliz.

Fue entonces que le pregunté al Picho, tratando de desacreditar toda hidalguía del paracaidista jinete:

-Jefe, me imagino que el potro lo habrá tirado a la mierda al tipo.

Ante la atenta mirada de Saavedra y Pérez, y mi esperanza de que el Picho bajara un poco los decibeles del bolazo, este sonrió de costado y haciéndome una guiñada que la vio todo el mundo me dijo:

-No me va a creer Canario, le dieron vuelta de honor.



Suerte que en ese momento llamaron para dar el informe meteorológico de las 08:00 avisando que la visibilidad había mejorado para hacer el vuelo, y todo se transformó en un instante, pasando del asombro e incredulidad de la historia del Picho, a la atención y concentración que requiere una operación de lanzamiento de tropas aerotransportadas. No más de una hora después, sobrevolando San Jacinto, Saavedra se acercó a la cabina para despedirse antes de saltar.

Hasta el día de hoy me pregunto si aproximando a la zona de aterrizaje en San Jacinto, Saavedra habrá imaginado a un potro atado a un palenque para caer justo en el blanco.

Teo Etchechury, Abril de 2020